

Winter December 23, 2013

Para recibir a Cristo Jesús

Jorge Adame Goddard

Para recibir a Cristo Jesús

Por Jorge Adame Goddard

El día de Navidad conmemoramos el hecho histórico de que Dios se encarnó en un niño, en Jesús, hijo de la Virgen María. Se hizo hombre para salvarnos de los males que nos afligen, el dolor, la enfermedad, la injusticia y la muerte. No hay ni puede haber acontecimiento que sea más digno de celebración. Pero hoy esos males siguen lastimándonos, por lo que muchos piensan que la salvación que nos trajo Cristo Jesús es solo una ilusión, ciertamente bella, pero que no pasa de ser una ficción o un cuento para niños. Piensan que los hechos la desmienten.

Cabe recordar que cuando nació Jesús, muy pocos lo reconocieron como el Salvador. Lo hicieron María y José, algunos cuantos pastores pobres y luego, los sabios venidos de Oriente. Cuando fue presentado al templo, lo reconocieron dos ancianos Simeón y Ana. En cierto modo lo reconoció Herodes, quien temió que ese Niño del que decían los sabios de oriente que era el Rey de Israel, le pudiera quitar el poder político, por lo que lo reconoció, no como el Salvador, sino como una amenaza que habría que exterminar, y su rechazo del Salvador ocasionó la muerte de los niños inocentes, hecho que nos ayuda a explicar por qué persiste el mal no obstante la salvación. ¿Por qué no fue reconocido por la mayoría de los habitantes de Belén y de Jerusalén?

El nacimiento de Cristo Jesús en un lugar humilde, sin estruendo ni espectáculo es el modo como Dios manifiesta su respeto por el ser humano, al que no quiere coaccionar sino invitarlo a que acepte el amor, la salvación, que le ofrece. Como Dios también quiso y quiere comunicar y hacer manifiesto el nacimiento del Mesías, del Salvador, acompañó el nacimiento de signos maravillosos: se cumplen las profecía de Isaías y Miqueas, hechas hacía ochocientos años antes, que nacería de una Virgen y que nacería en Belén; envía un ángel para que anuncie a los pastores que ha nacido el Esperado; hace ver a los ancianos Ana y Simeón que el niño que presentan María y José en el templo es el Mesías, e inspiró a los sabios de Oriente a que fueran a su busca y dieran testimonio de que ese niño pobre era el Rey de Israel.

No obstante, cuando Jesús nació, pocos lo reconocieron, muchos, la mayoría, lo ignoraron y unos cuantos lo rechazaron. El hecho de que hoy ni la enfermedad, ni el dolor, ni la injusticia ni la muerte se hayan extinguido no prueba nada en contra de la Salvación que Cristo trajo, sino que es consecuencia de que muchos la ignoran y algunos la rechazan. Quienes aceptan la salvación y corresponden a ella, siguen sufriendo el dolor, la enfermedad, la injusticia y la muerte, pero están capacitados para evitar toda injusticia (han sido liberados del pecado), sufren el dolor y la enfermedad como Cristo sufrió, como medios para salvarse y salvar a otros, y sufren la muerte con la esperanza de la vida eterna, de esa vida en que no habrá dolor, ni enfermedad, ni injusticia, ni muerte. La salvación que Cristo trajo es real.

Hoy, en esta Navidad del año 2013, Dios renueva a todos la invitación a acoger el amor que nos da. ¿Qué podría hacerse para que todos lo reconocieran y dijeran sí? Si yo tuviera todo el poder de los medios de comunicación, ¿ayudaría que hiciera una gran campaña para que todos reconocieran a Jesús a fuerza de repeticiones y manipulaciones psicológicas? Si yo tuviera todo el poder político, ¿serviría que amenazara con castigar al que no crea o premiar al que sí crea? Si yo tuviera todo el dinero, ¿podría hacer que todos creyeran ofreciendo una buena cantidad de dinero al que dijera que sí y lo pusiera por escrito? Dios sigue respetando nuestra libertad, y no se impone ni quiere imponerse.

Hoy como entonces sigue habiendo signos que pueden leer los que saben que el ser humano no puede salvarse por sí mismo, ni por su ciencia, ni por sus organizaciones políticas o financieras. Los que saben que la única fuerza capaz de salvarnos plenamente es el amor omnipotente de Dios. Y ¿cuáles son esos signos? Dios los da a cada uno, como dio la estrella a los Sabios de oriente y las profecías a los judíos. Cada quien los puede reconocer en sus propias circunstancias, basta con que quiera ver la manifestación del amor de Dios en la belleza de las cosas, de los acontecimientos o de los actos de amistad. Pero existe un signo uno que nos es común: el que hay muchos hombres y mujeres en todo el mundo que, después de más de 2000 años de haber nacido, siguen adorando a ese Niño pobre y desvalido nacido en Belén como el Señor del universo.